

## V

¿Qué había pasado en las conferencias secretas? Lo que estaba en el orden de los hechos, en la atmósfera política, en las almas de los dos interlocutores. Antes de la entrevista ¿quién no sabía de lo único de que podían ocuparse San Martín y Bolívar? Después de la entrevista, ¿quién no sabe cual fué el resultado de las conferencias? En el orden físico como en el orden político, son los mismos elementos los que constituyen la esencia de los fenómenos y forman la trama de los acontecimientos necesarios. Si conociendo la historia de la emancipación hispano-americana, sólo se supiese que San Martín y Bolívar habían celebrado una conferencia en 1822, podría determinarse á priori cuales fueron los puntos que en ella se trataron; y con más certidumbre pueden determinarse á posteriori, conociéndose los documentos correlativos que la precedieron y la siguieron, y los hechos que la explican.

Dos grandes cuestiones dominaban la época: la terminación de la guerra de la independencia, circunscripta al territorio del Perú, y la organización política de las nuevas naciones independizadas. Las cuestiones de alianza militar para alcanzar lo primero y de límites para definir las soberanías territoriales, estaban comprendidas, pero eran accesorias. No había en el mundo de la política sud-americana otros problemas que resolver, « para fijar la estabilidad del destino de la América », según las palabras de San Martín al buscar la entrevista. Por consecuencia, San Martín y Bolívar, las dos grandes influencias de la época que únicamente podían resolverlos como árbitros, debieron necesariamente ocuparse de ellos. El tiempo, que ha descornado el velo del misterio,

con exhibición del documento fundamental que esparce plena luz sobre la conferencia, ha venido, como un protocolo, á revelar, que lo que se trató en ella, fué lo mismo que estaba públicamente anunciado, salvo la guerra de Quito ya terminada, la cuestión de Guayaquil eliminada de hecho, y la desaparición de una gran figura de la escena sud-americana, que fué su consecuencia. La famosa conferencia de Tilsit, que sólo se conoce por inducción y por sus resultados, ha sido rehecha en todas sus partes como si el mundo entero hubiese sido testigo en ella. La de Guayaquil es más fácil de rehacer en sus partes integrantes, sin necesidad de apelar á conjeturas, con sólo ordenar los puntos y los incidentes fuera de cuestión que son del dominio de la historia documentada, sin agregar una palabra ni un gesto que no pueda ser comprobado.

La conferencia se verificó bajo malos auspicios para establecer igualdad en la partición de la influencia continental: el libertador del norte, dueño de su terreno, que pisaba con firmeza, tenía de su lado el sol y el viento: el del sud, se presentaba en una posición falsa, sin un plan fijo, sin base sólida de poder propio, que al pisar la playa guayaquileña había sido ganado de mano, según su expresión, en la cuestión que se proponía tratar de igual á igual. Así, los dos grandes protagonistas del drama revolucionario se presentaron enmascarados en esta escena, que sólo tiene de dramático lo que pasó en el alma de cada uno de ellos. La impresión que á primera vista produjo Bolívar en San Martín, fué de repulsión, al observar su mirar gacho, su actitud desconfiada y su orgullo mal reprimido (18). Tal vez leyó su propio

(18) San Martín, en sus confidencias al capitán Lafond, le dice hablando de Bolívar: « Á primera vista, su persona no predisponía en su favor. » Parecía estar poseído de mucho orgullo, lo que contrastaba con su ha-

destino en la mirada encapotada de su émulo, al encontrarse con otro hombre distinto del que se imaginaba á la distancia, y al chocar con una ambición con que no había contado. Sin embargo, lo penetró al través de su máscara (19). Bolívar, más lleno de sí mismo, miró á San Martín de abajo arriba, y sólo vió la cabeza impasible que tenía delante de sus ojos, sin sospechar las ideas que su cráneo encerraba, ni los sentimientos de su corazón. Vió simplemente en él un hombre sin doblez, un buen capitán que debía sus victorias más á la fortuna que á su genio (20). Así se midieron mentalmente estos dos hombres en su primer encuentro.

Bolívar tenía en su cabeza un plan de consolidación americana, que aunque confuso todavía, respondía á un propósito firme de dominación que se sentía llamado á ejecutar solo (21). San Martín, que no tenía el resorte de la ambición

» bitud de no mirar jamás de frente á la persona con quien hablaba, á  
» menos que no fuese muy inferior á él. Pude convencerme de su falta  
» de franqueza en las conferencias que tuve con él en Guayaquil ». (Lafond : « Voyages autour du monde », t. II, pág. 152.)

(19) En la obra de Lafond, citada en la nota anterior, loc. cit., dice San Martín : « Su lenguaje era á veces un poco trivial, pero me pareció  
» que este defecto no le era natural, y que sólo quería darse de este modo  
» un aire marcial. La opinión pública lo acusaba de una ambición des-  
» medida y de una sed ardiente de mando, reproche que él mismo ha  
» cuidado de justificar completamente ».

(20) En carta de Bolívar de 26 de diciembre de 1822, á su amigo Fernando Peñalver, le dice : « El General San Martín vino á verme á Guaya-  
» quil, y me pareció lo mismo que ha parecido á los que más favorable-  
» mente juzgan de él ». (Cartas del Libertador, t. XXIX, pág. 237, « Memorias de O'Leary »). — En carta posterior, dirigida á Sucre, después de la retirada de San Martín del Perú, lo juzga así : « El General San Martín era respetado del ejército, acostumbrado á obedecerle : el pueblo  
» del Perú le veía como á su Libertador : él por otra parte había sido  
» afortunado, y usted sabe que las ilusiones que presta la fortuna, valen á veces más que el mismo mérito. En fin, el Perú ha perdido un  
» buen Capitán y un Bienhechor ». (Mem. cit., t. XXIX, pág. 259.)

(21) El almirante Blanco Encalada, hombre de carácter caballeresco y de una severa probidad, que se hallaba á la sazón mandando la escuadra peruana en Guayaquil, y con quien Bolívar tuvo algunas expansiones en

personal, y si la tuvo por acaso al provocar la conferencia adjudicándose el papel de árbitro, se destempló al chocar con aquella voluntad férrea encarnada en un hombre, que lo consideraba como un obstáculo á la expansión de su genio atrevido (22), pudo estimar su temple al encontrarse con un antagonista en vez de un aliado. « Puede decirse, — son palabras de San Martín, — que sus hechos militares le han merecido con razón ser considerado como el hombre más extraordinario que haya producido la América del sud. Lo que lo caracteriza sobre todo, y le imprime en cierto modo su sello especial, es una constancia á toda prueba á que las dificultades dan mayor tensión, sin dejarse jamás abatir por ellas, por grandes que sean los peligros á que su alma ardiente le arrastra » (23). El círculo en que podía moverse la voluntad de San Martín, era muy limitado: iba de buena fe y sin ambición á buscar los medios de poner pronto término á la guerra de la independencia, circunscrita á un solo punto, y á tratar como « responsable del éxito de la empresa y del destino de la América », según sus propias palabras, las grandes cuestiones americanas de

esta ocasión sobre sus planes futuros respecto de la América, escribió á O'Higgins reservadamente con fecha 9 de setiembre de 1822:—« Guayaquil queda incorporada á Colombia por el voto de Bolívar y sus bayonetas, cuya moderada ambición se extiende más allá de lo que usted y el mundo han podido imaginar; pues la franqueza que me ha dispensado y las muchas conversaciones que he tenido con él, añadiendo su conducta, de que he sido testigo, me han hecho conocerle. Á mi vuelta haré un retrato de su carácter. Baste sólo decirle á usted como amigo y como chileno, que le considero un enemigo peligroso, de quien es preciso resguardarse mucho ». (Véase « General San Martín », por Viçuña Mackenna, pág. 54.)

(22) En carta de San Martín á Bolívar, de 20 de agosto de 1822, que se citará in extenso más adelante, le dice : « Estoy persuadido que mi persona podía incomodarle; cierto que mi presencia es el único obstáculo que le impide venir al Perú con el ejército de su mando ».

(23) Opinión de San Martín sobre Bolívar, en Lafond : « Voyages », cit., t. II, pág. 143.

la organización futura, resolviendo de paso las del presente (24). Y no tuvo ni cuestiones que tratar, ni encontró siquiera hombre con quien discutir. Bolívar se encerró en un círculo de imposibilidades ficticias, oponiéndole una fría resistencia que no se dejaba penetrar (25), á pesar de haberle insinuado antes, que « entre militares, pocas horas bastaban » para tratar » (26).

La única cuestión de actualidad, la que afectaba « los intereses generales del Perú y de Colombia » (27), que era la de Guayaquil, y que según las seguridades oficiales dadas por San Martín « quedaría transada en la conferencia » (28), ni se tocó siquiera; estaba resuelta de hecho, y Bolívar al ofrecerle su hospitalidad, le había notificado, que Guayaquil estaba « en el suelo de Colombia », y él la había aceptado bajo el pabellón colombiano (29). La gran cuestión de actualidad, que era la pronta terminación de la guerra de la independen-

(24) Palabras de San Martín al iniciar la entrevista en enero de 1822. Véase nota núm. 1 de este cap.

(25) Opinión de San Martín sobre Bolívar, comunicada á Lafond: « Jamás respondió de un modo positivo á mis proposiciones, y siempre en términos evasivos ».

(26) Palabras de Bolívar en su carta en vísperas de la conferencia, citada en la nota núm. 13 de este capítulo.

(27) Véase nota núm. 1 de este cap.

(28) Véase nota núm. 4 de este cap.

(29) Véase nota núm. 13 de este cap.— Algunos historiadores han repetido que la cuestión de Guayaquil fué una de las que se trató en la conferencia, sin advertir que estaba eliminada de hecho, y que no podía tocarse sin provocar una ruptura inmediata, que ambos querían evitar en aquel momento. San Martín, en su última carta á Bolívar, después de la conferencia (29 de agosto de 1822), le dice: « Nada diré á usted sobre la reunión de Guayaquil á la república de Colombia. Permítame solamente pensar, general, que no era á nosotros á quienes correspondía decidir este importante asunto. Juzgándolo de común acuerdo, después del fin de la guerra, los gobiernos respectivos lo hubieran tratado sin los inconvenientes que de una decisión prematura pueden resultar en el día á los intereses de los nuevos Estados de la América del Sud. »

cia, por el común acuerdo y la alianza de las armas del Perú y de Colombia, fué esquivada en parte por el Libertador, y en parte resuelta por él en términos equívocos que importaban no alterar la situación militar, dándose San Martín ostensiblemente por satisfecho á más no poder con este resultado parcial que nada resolvía (30). La cuestión menor de las bajas de la división auxiliar que había concurrido á Pichincha, que según lo convenido debía reemplazar Colombia, no se tocó, porque Bolívar la había detenido en Quito, adelantándose con sus batallones para dar el golpe de Estado de Guayaquil, temeroso de que su presencia pudiese alentar á los guayaquileños á pronunciarse en sentido contrario á sus planes de anexión (31).

La otra cuestión fundamental de orden trascendental, la que se refería á la organización futura de los nuevos Estados, no podía dejar de ser tratada, y lo fué, aunque incidentalmente, según testimonio del mismo San Martín. Los documentos hablarán en cuanto al modo como fué considerada y medio resuelta la relativa á la alianza, en el orden de los hechos; en cuanto á esta, que se relaciona con las con-

(30) Proclama de San Martín después de la conferencia cit. (sin fecha) inserta en el núm. 18 de la « Gac. de Lima », de 24 de agosto de 1822, referente al auxilio de tres batallones prestados por el Libertador para concurrir á la guerra del Perú, punto que se ilustrará más adelante.

(31) San Martín en su carta á Bolívar después de la conferencia, le decía: « La división del general Santa Cruz (cuyas bajas no han sido reemplazadas, á pesar de sus reclamaciones, según me lo escribe), en la dilatada y penosa marcha por tierra, ha debido experimentar una pérdida considerable, y nada útil podrá emprender en la presente campaña ».—Véase Restrepo, « Hist. de Colombia », t. III, pág. 228, y Larrazábal, t. II, pág. 149, en que explicando la marcha de Bolívar á Guayaquil al frente de sus batallones, declaran terminantemente, que fué para acelerar la anexión bajo el imperio de la fuerza, adelantándose al plan de San Martín de garantir el voto libre de los guayaquileños, de que dicen estaba instruido.

ciencias, á falta de ellos, la ilustrarán los antecedentes conocidos con que se liga, y las confidencias que esparcen una media luz sobre este punto, el único oscuro de la conferencia, aunque el más claro de la historia. Puede hasta fijarse la hora en que estas dos grandes cuestiones se trataron, y el momento preciso en que San Martín renunció, hasta en teoría, al proyecto quimérico del establecimiento de una monarquía americana. Cuando después de la recepción oficial los dos libertadores quedaron solos á puerta cerrada por el espacio de hora y media, era natural que no entrasen todavía en materia y se ocupasen de la situación general. Así lo confirma un dato de mera referencia. Durante esta primera conferencia preliminar, el Libertador abrió la puerta y llamó á su ayudante de campo y secretario el general T. C. Mosquera, y le ordenó trajese las últimas cartas del vice-presidente Santander, que instruían del estado en que se hallaba Colombia, lo que indica que se ocupaban de darse cuenta de la situación de todas y cada una de las partes de la América del Sud (32).

---

(32) Artículo del general T. C. Mosquera, publicado en 1831 en la « Crónica de Nueva York », reproducido en el núm. 7 de la « Revista del Paraná », en 1864, y vaciado en 1868 en las « Memorias » del mismo, donde incurre en los más groseros errores cronológicos, que pone en boca de San Martín y Bolívar, como si hubiese estado presente á la conferencia. El general Rufino Guido, que se hallaba presente cuando tuvo lugar la conferencia, nos dirigió con tal motivo la siguiente rectificación : « El general Mosquera asegura que lo que refiere sobre la entrevista de Guayaquil, lo sabe como testigo presencial, como pudo saberlo también el teniente coronel Soyer, uno de los ayudantes de campo que dice entramos en el despacho para tomar nota de la conferencia. El general Mosquera creyó sin duda cuando escribía, que hubiese muerto el general Guido, como había fallecido años antes en Lima el comandante Soyer. Felizmente vivo, para asegurar que no es cierto que hubiesen presenciado la entrevista ni Soyer ni yo, porque sólo el general San Martín y Bolívar estuvieron encerrados por más de dos horas. Es probable que el Libertador, que tenía sus confianzas con Mosquera, lo impusiera después de algunos puntos de la conferencia; pero de esto á oírlo de boca de un interesado, á oírlo mientras discutían aque-

En la visita de etiqueta que el Protector hizo al Libertador, que sólo duró media hora, no era la ocasión ni hubo tiempo para tratar tan graves cuestiones. Por consecuencia, fué el 27 de julio, de 4 á 5 de la tarde, que hemos señalado, cuando tuvo lugar la formal y definitiva entrevista (véase § IV de este cap.) Á esas horas los dados del destino estaban tirados.

## VI

Salvo el orden en que se trataron los diversos puntos conexos con la inmediata terminación de la guerra de la independencia sud-americana, todos los tópicos son conocidos, y hasta los gestos que acentuaron la interesante discusión. San Martín manifestó, que no abrigaba temor alguno respecto de la suerte futura del Perú en el orden militar (33). Sin embargo, agregó, que aun cuando estuviese íntimamente convencido, que cualesquiera que fuesen las vicisitudes de la guerra, la independencia de la América era irrevocable, su prolongación causaría la ruina de las poblaciones, y era un deber sagrado de los hombres á quienes estaban confiados

---

» los dos grandes héroes de la época, hay una gran diferencia. Como » testigo ocular de aquellos sucesos, y por lo que pueden servir á la historia, dirijo estos ligeros apuntes ». M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LXI.)

(33) Es el mismo Bolívar quien lo declara. En una nota del secretario del Libertador, José Gabriel Pérez, dirigida á su nombre al gobierno del Perú, con fha. 9 de setiembre de 1822, se dice : « Aunque S. E. el Protector del Perú en su entrevista en Guayaquil no hubiera manifestado » temor de peligro por la suerte del Perú, el Libertador no obstante se » ha entregado desde entonces á la más detenida y constante meditación ». (Docs. para la Hist. del Libertador, t. VIII, pág. 354, núm. 2124.)